

Muchas veces nos sentimos despreciados. Sentimos que otros que son más educados con más talentos o de mejor parecer nos menosprecian... y nos hace sentir inútiles, avergonzados, deprimidos o irritados.

O posiblemente hemos tratado a otros así. Llega una persona a la iglesia mal-vestido, mal-peinado o con mal olor. A lo mejor es un joven ignorante que acaba de ser salvo pero todavía lucha con vicios como cigarrillos o el alcohol. No sabe hablar correctamente o cantar bien... Pero tiene mucho celo por el Señor habiendo sido salvo hace poco aunque expresa su entusiasmo de una manera inmadura.

¿Cómo le tratamos? ¿A veces le ignoramos y nos juntamos con nuestros amigos preferidos? ¿O si tenemos que saludarle, lo hacemos rápidamente para esquivarle cuanto antes?

Así fue la situación en Éfeso. Los viejos creyentes judíos menospreciaban a los nuevos creyentes gentiles. Pero Pablo les animaba a los gentiles por recordarles de su parte importante, integral y necesario en la iglesia, el cuerpo de Cristo.

Les recordaba que se gozaban de las mismas bendiciones de la Trinidad que los creyentes judíos disfrutaban. Les recordaba en los versículos 3-6 que fueron elegidos a los mismos privilegios y derechos de la adopción de hijos de Dios el Padre como habían disfrutado los creyentes judíos desde el Antiguo Testamento. Luego les animaban al recordarles que Cristo les consideraba como su tesoro y herencia; así que, los compró con el gran precio de su sangre que les ganó el mismo perdón y redención y que los reunían en el mismo Cuerpo de Cristo que disfrutaban todos los creyentes. Además, se gozaban del mismo sello del Espíritu como las arras o entrada a la misma herencia eternal que disfrutaban los judíos, y les aseguraba que se gozarían de la redención de sus cuerpos en la venida de Cristo como disfrutarían todos los creyentes.

En los versículos 15-16, cuando Pablo oía de los gentiles crudos, pero llenos de fe y amor, se animó grandemente y dio muchas gracias por ellos, tanto como dio gracias por los hermanos maduros que les amaban tanto a ellos como a todos los santos, y les recordaba mucho de sus oraciones continuas por ellos.

Creo que enfatiza que especialmente da gracias por los que tienen amor a TODOS los hermanos para animar a los hermanos viejos a amar a los nuevos creyentes gentiles y animarlos también. No dice que da gracias por los hermanos criticones y “desanimadores”, o por los gentiles que no eran fieles y entusiasmados para demostrar amor a Dios, sino por los fieles que amaban a Dios y a todos los hermanos. Nos hace querer ser uno de los que inspiran gratitud en otros.

El Señor inspira este texto para animarnos a reconocer que todos tenemos un lugar importante en la iglesia. Cada uno tiene gran valor ante Dios – tiene tanto valor que Cristo pagó el precio más alto posible para redimirlos... pagó el precio de su sangre. Nunca debemos desanimarnos por el maltrato de otros que puedan hacernos sentir despreciados o inútiles.

A la vez, el Señor quiere despertarnos para respetar y preciar a CADA creyente fiel y celoso en la iglesia. Todos somos hijos amados por Dios igualmente; todos somos una parte integral e imprescindible en el cuerpo de Cristo. Todos somos un tesoro precioso y una herencia apreciada

de Dios. Todos tenemos el mismo sello del Espíritu, siendo comprados por el mismo precio de la sangre de Cristo y tenemos las mismas arras de nuestra herencia y de la redención de nuestros cuerpos para llegar al día de la redención completa en la venida de Cristo.

Entonces nos veremos unos a otros transformados y glorificados por el Señor, y apreciaremos el gran milagro de Cristo al ver personas que era pecadores tan grandes transformados en la imagen de Cristo brillando con una gloria celestial. Entonces vamos a apreciarnos unos a otros de verdad.

En los versículos 17-8 Pablo ora que la luz de esta verdad alumbre con un gran brillo los ojos de nuestras mentes. Ora que sea una luz de sabiduría y revelación divina que viene sólo por medio de un “conocimiento personal, íntimo y profundo” de Jesucristo. Luego, ora que vean la relación tan magnífica de Cristo con su iglesia, puesto que esa relación es lo que nos da valor alguno. Ninguno tiene valor en si mismo, pero nuestro valor está en nuestra relación con Dios y con su Hijo Jesucristo, como un niño no tiene logros de que jactarse, pero si es hijo de un Rey, todos le respetan por su relación con su padre.

El Señor nos da este aprecio de nuestra relación con Cristo y nos da la sabiduría, la revelación, la luz y el entendimiento para disfrutar de esa relación por medio de revelar TRES GRANDES VERDADES que transforman nuestra opinión de nuestra propia importancia en la iglesia. Luego, transforman nuestra opinión, respeto y trato de los otros hermanos celosos por Cristo en la iglesia... incluyendo nuestro amor y aprecio por los gentiles o creyentes jóvenes más crudos, humildes, ignorantes y débiles .

I. La primera verdad grande se ve en el versículo 18 donde llegamos a entender y apreciar “cuál es la esperanza a que nos ha llamado”. Esta esperanza y llamado es para CADA creyente, tanto al judío como al gentil, tanto el inteligente, talentoso y maduro, como al lento mentalmente, al que falta mucho talento y al que es entusiasta por Cristo pero muy inmaduro espiritualmente.

II. Segundo, en el versículo 18 aprendemos a apreciar “cuáles son las riquezas de la gloria de la herencia del Señor en los santos.” El Señor quiere repetir que cada creyente es un tesoro a Dios. Él nos mira a los santos como su “herencia” para ser apreciada. Nunca debemos faltar respeto a otros hermanos, pues son tan valerosos a Dios como cualquier otro creyente más inteligente.

III. Tercero, en los versículos 19-23 llegamos a maravillarnos de “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros” los creyentes en Cristo. Agrega palabra sobre palabra para explicar su poder y fuerza que está en cada uno de nosotros para apreciarlo más.

Luego, termina en versículos 22-23 mostrando cómo ha regalado su relación como Cabeza sobre todas la cosas a cada creyente humilde de la iglesia. Es una relación que debe hacernos tratar con gran respeto a los otros creyentes. Además, nos anima a apreciar su gracia y poder en nosotros mismos, para que veamos que no debemos ser tímidos o avergonzados a tomar nuestro lugar en la iglesia y servir humildemente pero agradecido en su poder para la alabanza de la gloria de su gracia.